

9

9299

Esta obra es propiedad del autor.

LA REFORMA.



LEON.

1891.

Esta obra es propiedad del autor.

LA REFORMA.

LA REFORMA,

POR

R.^o - 6166

D. Guillermo Alonso Estremera,

DOCTOR EN JURISPRUDENCIA,

ACADÉMICO—PROFESOR DE LA MATRITENSE DE JURISPRUDENCIA Y
LEGISLACION, Y ABOGADO DEL ILUSTRE COLEGIO DE MADRID.



LEON:

Establecimiento tipográfico de la Viuda é Hijos de Miñón.

1854.

LA BARRERA

N.º 2126

por

D. Guillermo Alonso Gutiérrez

DOCTOR EN JURISPRUDENCIA

ACADÉMICO-PROFESOR DE LA MATRIZ DE LA JURISPRUDENCIA Y
LEGISLACION, Y ABOGADO DEL REY DEL COLEGIO DE MADRID.



LEON:

Establecimiento tipográfico de la Viuda e Hijos de Niño.

1871

INTRODUCCION.

A LA NACION.

El Autor.

¿Qué son los hombres, cuáles las sociedades: modificación de las instituciones: reorganización de las mismas: sepulturas de la sociedad antigua: vida de la sociedad nueva: todo se explora: el espíritu humano busca de la vida de alcanzar un bienestar que no alcanza, y que tanto más se desea, cuanto más desea, llega al fin hasta la cumbre de la pendiente por donde fatigoso tropa: tiende desde allí sus miradas al horizonte que le rodea; y nada encuentra que pueda consolarle en medio del vacío en que se agita: no ve en derredor de sí más que una atmósfera nebulosa, alguna huella que imprimió ligeramente en su azaroso derrotero, y á veces, un punto brillante en la oscuridad: brillo que se eclipsa entre el espesor de la bruma.

Hé ahí la vida en sus distintos períodos: hé ahí el hombre en su fatiga, en su impaciencia, en su angustia, en su inquietud. Esperanzas generalmente desvanecidas, cual refugio brillante, que alumbra al pasar, y después de revoluciones y desastres, después de sufrimientos y acerbos disgustos, arroja á veces por el agua: ó indignencia tal vez por galarlo.

Si es cierto, si la inteligencia humana no puede deslizar, que la providencia infinita vela por el destino de los hombres, y que la justicia al fin en la tierra obtiene su pleno imperio, que la humanidad no desesperance: que crea, que tenga la religión; que espere: que el evangelio sea una verdad práctica: y al fin de entonces en las soledades de su alma encontrará el leuante que mitigue su padecer, y levantando sereno su frente al cielo sentirá bibr su corazón con energía, y arrojara con valor las desgracias de una vida que le abruma, y cuyo enorme peso no puede resistir. Esperémos, creémos y trabajemos todos en la libertad de todos: hé ahí el pensamiento que debe inspirarse en nuestras tareas. Ya es sonada la hora, empéñense, y sea.

LA RACION

El Autor.

INTRODUCCION.

Ama itaque dominum deum tuum,
et observa præcepta ejus et caeremonias,
judicia atque mandata
omni tempore. Deut. cap. XI. v. 1.

Agítanse los hombres: cambian las sociedades: modificanse las instituciones: se reorganiza lo destruido: se exhuma lo sepultado: se llama á la sociedad antigua en socorro de la sociedad nueva: todo se explora: el espíritu humano se afana: el hombre deseoso de alcanzar un bienestar que ambiciona, y que tanto mas se aleja cuanto mas desea, llega al fin hasta la cumbre de la pendiente por donde fatigoso trepa: tiende desde allí una mirada al horizonte que le rodea, y nada encuentra que pueda consolarle en medio del vacío en que se agita: no vé en derredor de sí mas que una atmósfera nebulosa, alguna huella que imprimió ligeramente en su azaroso derrotero, y si acaso, un punto brillante en lontananza, brillo que se eclipsa entre el espesor de la bruma.

Hé ahí la vida en sus distintos períodos: hé ahí el hombre en su fatiga, en su impaciencia, en su zozobra, en su inquietud. Esperanzas generalmente desvanecidas, cual ráfaga brillante, que alumbraba al pasar, y despues de cavilaciones y desvelos, despues de sufrimientos y acerbos disgustos, acaso ultrajes por recompensa, ó indignicia tal vez por galardón.

Si es cierto, si la inteligencia humana no puede dudar, que la providencia infinita vela por el destino de los hombres, y que la justicia al fin en la tierra obtiene su santo imperio, que la humanidad no desesperance: que créa: que tenga fe religiosa; que espere: que el evangelio sea una verdad práctica; y el hombre entonces en las soledades de su alma encontrará el lenitivo que mitigue su padecer, y levantando sereno su frente al cielo sentirá latir su corazón con energía, y arrostrará con valor las desgracias de una vida que le abrumba, y cuyo enorme peso no puede resistir. Esperémos, creámos y trabajemos todos en la felicidad de todos: hé ahí el pensamiento que debe inculcarse: hé ahí nuestra tarea. Ya es sonada la hora, empecemos, pues.

CAPITULO PRIMERO.

DE LA RELIGION.

Regia los destinos de la capital del mundo el emperador Augusto, y aparece en la tierra un hombre oscuro llamado á verificar sobre ella la revolucion mas grande, el acontecimiento mas notable, el cambio mas inmenso, que haya tenido lugar en la larga historia de los sucesos y de los pueblos. Tal fué; el encumbramiento del cristianismo sobre los escombros de la idolatría, la redención del género humano y el sacrificio del Gólgota.

Nada igual encontrareis en el estudio reflexivo del presente, ni en las meditadas predicciones del porvenir. El sendero por donde debe marchar la humanidad en su dilatada carrera está trazado: la luz que arrojan las verdades del evangelio le alumbran: su fulgor ha disipado la tinieblas: seguid pues por él. No dudeis de una sola verdad de la religion de Jesucristo, que si algun pueblo se ha negado á ella, está espiondo, ó espíará con sangre y barbárie su extravío. El indiferentismo religioso: hé aquí el grave cargo que pesa sobre la sociedad actual: hé aquí una de las manchas que afean la civilizacion del siglo: hé aquí un gérmen del mal que nos aflige.

No se ha conocido aun toda la sublimidad, toda la esclencia, todo el bien de esa religion divina. Apenas se esparcian por el orbe antiguo las doctrinas de la buena nueva, y ya se ocultaban pálidas todas las categorías de la tierra. A la voz del hijo de Dios, predicando entre insultos y motines la paz, la caridad y la mansedumbre entre los hombres, se estremecen los tronos, inclinan su cerviz los poderosos, doman sus pasiones, entibian los rencores del corazon, mitígase el encono y alumbrá las tinieblas del mundo el sol brillante de la civilizacion que nace. Desde entonces el ilota deja de regar la tierra con un sudor de sangre: el esclavo sacudiendo el yugo del despotismo se enaltece, y al despertar del letargo en que ha dormido rompe frenético las cadenas de la esclavitud: es el hombre con toda la dignidad de su existencia, no

es el esclavo en el envilecimiento encorvado bajo el peso de la servidumbre. Oh religion sublime! Tu obra es inmensa como la expansion del pensamiento, y permanente como la duracion de los siglos. Cuánto bien has producido en el mundo! La muger abyecta, envilecida esclava del hombre, prosternada ante los idolos repugnantes de la idolatria, creyendo en los mitos del paganismo, arrastra su existencia por entre la degradacion y la ignominia; á la predicacion de la buena nueva, creyendo en la verdad del hijo de Dios, se emancipa, adquiere enaltecimiento, se engrandece, y al ofrecer su fe al esposo al pie de los altares se llama su compañera; estaba escrito. La redencion cruenta inaugurada al pie de la cruz en un dia de luto, habia de venir á levantar á la humanidad del lecho mortuorio en que postrada yacia, y tal fue. Esa predicacion lúgubre tuvo su cumplimiento en el trascurso de los siglos, y las cumbres del Gólgota enrojecidas aun y salpicadas de sangre son el mejor testimonio de esa verdad inmensa, santa, inefable, sombría.

Las doctrinas de esa religion alumbran la inteligencia como alumbra la tierra el sol: son fecundas como la idea del bien, tienen la armonía del murmullo de los arroyos, y son melodiosas como los trinos que exhala el ruiseñor al mecerse en la cumbre de las palmeras: por eso las verdades del evangelio penetran en el corazon del hombre, como las gotas de rocío en el cáliz de la flor.

Si alguna vez esa religion, que predica la fraternidad entre los hombres, el fanatismo la ha convertido en una religion de sangre, de esterminio y de fuego, cúlpese á los estravios de la razon, que enciende la llama en las calles, y hace espiar los delitos de fe al pálido fulgor de las hogueras de la inquisicion; cúlpese á monarcas fanatizados, que ofendiendo la magestad divina, marchan triunfantes al lugar del sacrificio, cubiertos sus hombros con haces de leña, degradando á la humanidad, y escarneciendo á los siglos. Pero para bien de las generaciones esos dias de oprobio han espirado en la sucesion del tiempo: ya el pueblo no se apiña en las plazas á presenciar un espectáculo indecente: ya no ennegrece la atmósfera el humo de aquellos braseros cadálsos, que empañó el sol, destinado á alumbrar un mundo libre; y ya la muchedumbre civilizada no hinche el aire con sus ahullidos de horror.

Pero hé aquí el siglo: á aquellos dias de fanatismo religioso,

de fervor ardiente, de entusiasmo santo (por efecto de una reaccion exagerada tambien) ha sucedido una época de indiferencia lamentable, de olvido punible, de escarnio tal vez. La sociedad se sonroja al tributar un culto al Dios de la mansedumbre, y en sus demostraciones religiosas, y al prosternarse ante las aras del sacrificio, parece manifestar cierta timidez pueril. Yo tan solo me permitiré una pregunta ¿Por qué no entregarse con toda la vehemencia del alma al culto del redentor? ¿Por qué relegar al fondo de la soledad las expansiones de una fe, que tranquiliza el espíritu en su impaciencia, que calma las penalidades de esta vida azarosa que arrastramos sobre la tierra, y que lleva el consuelo á la mansion del dolor? ¿Es posible sin creencias religiosas el progreso, la ciencia, la felicidad? ¿Há habido algun pueblo sobre la superficie del universo, alguna comunion religiosa permitida, que haya ocultado en las tinieblas la práctica de su fé? Si los primeros cristianos se retiraban á las catacumbas para entregarse allí á la adoracion del ser supremo, fué porque encarnizadas persecuciones les prohibian salir á la luz: la tierra entonces estaba regada con la sangre de los mártires, y las fieras de los anfiteatros romanos y las persecuciones de los infieles, sembrando el esterminio y el silencio, llevaban á todas partes el luto y el terror. Pero libres los cristianos de las persecuciones de los primeros siglos, despavorida la falsa religion, y tremolado al aire el estandarte de la cruz, los católicos celebraron su culto á la luz del mediodia, elevaron hasta el firmamento sus himnos sagrados y templos suntuosos erigieron en honra del Dios.

La publicidad del culto, la inspiracion del alma, el ardor de la fe: hé aquí y en casi todas las épocas los rasgos mas ostensibles, los caractéres mas distintivos, los mas augustos simbolos de los verdaderos creyentes. Así los triunfos conseguidos al impulso del sentimiento religioso, son los mas grandes que refiere la historia, y hayan podido presenciar los siglos: las cruzadas: un ermitaño escitando á los pueblos á la guerra, é inflamando sus espíritus con la llama que ardía en su corazon: la conquista de los santos lugares; y »la Europa entera arrancada de sus cimientos para precipitarse con todo su peso sobre el Asia,» (1) son los ejemplos mas elocuentes, las verdades mas inconcusas, los testimonios mas infalibles del aserto que dejamos consignado. Ningun-

(1) La princesa conviene.

nas otras guerras mas fecundas en acontecimientos de todo género que las guerras santas: ningunos otros arranques del espíritu humano mas poderosos que los producidos por las inspiraciones de la religion: el sentimiento religioso está profundamente grabado en el corazon del hombre, y solo el sensualismo que enerva y degrada, ó el materialismo que envilece y encadena, pueden borrar la huella que imprime; y apagar el fuego de las inspiraciones que hace producir. ¿Por qué, pues, sentir rubor al rendir un culto al Dios de la creación? ¿Por qué encubrir con el velo engañoso de un pudor mal entendido las demostraciones exteriores de la fe que abrigamos en nuestra conciencia? ¿Por ventura las ciencias y el progreso social están en contradiccion con las doctrinas de Jesucristo? ¿No es el mas ardiente apóstol de la igualdad, de la fraternidad, de la libertad, de todos los principios y de todas las instituciones, en fin, susceptibles de causar la felicidad en la tierra? ¿Acaso hizo la conquista de sus doctrinas por entre arroyos de sangre? La persuasion y la palabra, la bondad de las teorías que sembró en el mundo, ¿no cautivaron todos los corazones, y rindieron todas las inteligencias? A su aparicion en el universo, ¿no se había enseñoreado el paganismo? ¿No era la religion dominante, la de mas prosélitos, la mas antigua? Una vez amenazada, porque habia sonado en el reloj del tiempo la hora de su desprestigio, ¿no ensayó para sostenerse todos los medios posibles de defensa? ¿No combatió en las calles y en las plazas? ¿No se rodeó del estrépito y del aparato de la guerra? ¿No sostuvo una lucha de trescientos años? Y despues de tan heróica defensa, y de tan prolongada lucha, ¿no sucumbió á los triunfos lentos y á la apacible conquista de la verdad evangélica anunciada por los profetas, y esparcida por un pequeño número de pescadores, que ni aun tenían en su abono el prestigio que dá la opulencia á los hombres en el mundo? Pues, entonces, ¿por qué dudar de las verdades de la religion católica? ¿Por qué entregarse con indiferencia al culto? ¿Por qué no ha de ser entusiasta y ardiente la devocion? ¿La sociedad actual olvida, que no debe alumbrar el sol otro mundo un solo dia sin haberse prosternado sollozando ante el simbolo de la redencion? ¿Olvida que si blasfema, esa blasfemia la dirige contra el que puede, desencadenando las tempestades, trastornar el mundo y abismar la tierra? ¿Contra el que puede con una mirada despeñar en las entrañas de un sepulcro al impotente y desvanecido mortal, y contra el que de su palabra hizo bro-

tar infinitos mundos, y con un soplo de vida animó á la inmensa humanidad? ¡ Miserables criaturas! diré yo con un poeta,

¿Cómo airar al que se asienta
sobre las nubes sereno,
cuando en las nubes revienta
el fragor del ronco trueno?

El hombre sin fé, el indiferentista escéptico, sin religion y sin creencias, abismado en las tinieblas de la noche, perdido en la soledad del desierto, confundiendo sus tristes lamentos entre el rugir de la tormenta y el bramar del huracan ¿no invoca en su estraño conflicto el nombre augusto de Dios? ¿No demanda de su bondad infinita un rayo consolador de esperanza, que le alumbré en las tinieblas de la tempestad? ¿A cada rugido del trueno no siente cubrirse de pavor y luto su afligido corazon? ¿No ve al siniestro fulgor del centelleo abrirse un abismo á sus pies? Y al contemplar el cielo sin luna y sin estrellas, no conoce su pequeñez al tiempo que admira el poder inmenso de un ser creador? Y el navegante incrédulo, cuando la tempestad ensobreciendo los mares amenaza sumirle en los senos inmensurables del océano embravecido, cuando su buque desarbolado juguete de los vientos va á sepultarse en las profundidades de inmensos abismos, ¿no dirige entónces prosternado plegarias al cielo, y no ve al fulgor de los relámpagos, como la ola bramadora abre la sepultura á sus pies? El hombre, en fin, en todos los espectáculos terribles con que la naturaleza manifiesta la omnipotencia del ser supremo, ¿no siente desfallecer su espíritu, no conoce su debilidad y sus miserias, y no prorrumpe admirado en alabanzas á Dios?

No es posible, pues, dudar. ¿Ni cómo sin cerrar los ojos á la luz? ¿Cómo negar la verdad de un Dios infinito, de una religion verdadera, de un culto santo? El escepticismo yace sepultado en la tumba del olvido, y la inteligencia humana, que cuando no se extravía, escucha la voz de la razon y el buen sentido, no admite ya con desdoro del espíritu absurdas teorías, que encadenan la vida, degradan al hombre, y que en sus instantes de tribulacion y agonía no le sugieren una idea consoladora que calme y mitigue su acerbo pesar.

Abandonad, pues, estrechas y rigidas teorías: contemplad un solo instante la armonia del universo: ved el cielo tachonado de

estrellas, la tierra cubierta de una vegetacion rica, fecunda y espléndida: la aparicion del sol por encima de las cumbres salpicadas de nieve, los tibios reflejos de la luna rielando sobre las aguas del mar: las brisas apacibles que arrullan la mañana y agitan blandamente las flores del abril: las mieses doradas que cubren las vegas, y los verdes viñedos que ilumina el sol: oid los gorjeos que alegran las praderas, y el trino del ave que canta en la enramada: escuchad el susurro de arroyo trasparente, que murmura entre flores, y arrastra su curso por alfombras de verdura: contemplad en fin las tranquilas escenas de la creacion, y alli donde veais un objeto, alli admirareis la grandeza de Dios.

Urge, pues, fortalecer las creencias religiosas debilitadas por una despreocupacion funesta; y si por una parte es cierto que la idea religiosa ha perdido de su intensidad en el espiritu humano: tambien por fortuna lo es que no se ha extinguido aun. El sentimiento religioso innato en el corazon del hombre se reproduce como la flor agostada que fecunda el rocío, y vivifica el resplandor del sol.

Conviene despertar á los hombres de su letargo: el mal es profundo: pueden presagiarse por desgracia dias de luto: puede acaso sonar la hora, en que se deje sentir en el mundo la saña de Dios; ya lo hemos dicho, y no nos cansaremos de repetirlo.

La sociedad actual distraida, aletargada en el olvido, encharcada en el lodazal de asquerosos placeres, sumida en el fango de una prostitucion inmunda, entregada á esa espantosa depravacion, que va desmoralizando el mundo entero, y que fuerza es poner un dique á ese torrente devastador que corre á tragarse las sociedades, y abismar en todos los desórdenes las generaciones venideras; esa sociedad, repetimos, se olvida frecuentemente del Dios de la mansedumbre, de ese Dios de pureza que puede despeñarnos desde la cumbre de la opulencia, anonadarnos en los brazos del placer, ó confundirnos en los delirios del delito.

Y ya lo hemos dicho; si algun pueblo se ha negado á recibir las verdades del evangelio, ese pueblo ó ha vivido errante y disperso en los bosques, ó ha desaparecido de la faz de la tierra: Sodoma y Gomorra encendieron la ira de Dios con sus nefandos crímenes, y Sodoma y Gomorra perecieron sepultadas en el fondo de las simas. El pueblo hebreo pidiendo la crucifixion de Jesus, en su ciego error esclama: *«Caiga su sangre toda sobre nosotros y sobre nuestros hijos,»* y cayó y seguirá cayendo desde la ruina de

Jerusalen arrasada por Tito, hasta la consumacion de los siglos que envuelve el porvenir. Ejemplos fúnebres, elocuentes lecciones de la historia que no debieran olvidar los hombres!

Que estas palabras, que brotan de mi estéril pluma, plegue al cielo, hagan eco en el fondo de envenenados corazones, y plegue al cielo que los hombres descarriados, regenerándose en las aguas del arrepentimiento, entren con fe sincera en la senda del deber.

CAPITULO SEGUNDO.

DEL SACERDOCIO.

El clero: esa comunión respetable que tiene la grande, la sublime, la eminente misión de consagrarse al servicio y culto divino, debe principalmente atraer la atención de los hombres de estado, de los hombres de gobierno, de los llamados á regir los destinos de la nación. Demasiado enaltecidos en unos siglos, deprimidos alguna vez en otros, siempre será una verdad eterna, que su ministerio debe ocupar el primer rango en el catálogo de las necesidades sociales. Vamos á consignar con toda la sinceridad, con toda la sencillez, con toda la rectitud de corazón lo que el clero ha sido, lo que es, lo que debe ser.

Días han trascurrido en la sucesión del tiempo, en que los clérigos desconocían el lenguaje de los libros escritos en latín; (digámoslo de paso) las páginas en que está consignado este hecho, debieran en honra de la civilización arrancarse de los anales de la historia. Por eso un monarca sobre todos los monarcas, de sólo esplendoroso, débil como caudillo, pero sin rival como literato, comprendiendo bien la necesidad de que el clero se ilustrara mandó: que la mayor parte de los instrumentos públicos escritos en idioma ininteligible se trasladaran al lenguaje común. En una cláusula del fuero de Sanabria dice el rey: «Otrosí, porque el privilegio sobredicho está escrito en latín, toviemos por bien de lo mandar romancear..... porque lo podiesca entender los legos también como los clérigos.» Y si esto no bastara en justificación de

nuestro aserto, y se quisiera desmentir la historia copiaríamos un párrafo de la constitucion del Concilio de Valladolid celebrado en los años 1228, dice así: «establecemos que todos beneficiados que non saben hablar latin, sacados los viejos, que sean constreñidos, que aprendan, et que non les den los beneficios fasta que sepan hablar latin.» (1) Semejante barbárie y rudeza de aquellos siglos es tanto mas difícil de explicar, cuanto que si la iglesia y los concilios han escrito siempre sus cánones en latin, esto ha consistido en que la iglesia abraza el universo entero, y en que el clero de todos los tiempos y de todos los pueblos ha sabido ó ha debido saber al menos la lengua latina.

No obstante, los clérigos de esa época á que nos referimos, si por una parte carecian de ilustracion, por la otra eran morigerados, eran ejemplares, eran virtuosos: no se habian degradado en el vicio, no caminaban al abismo dando rienda suelta á las mas criminales pasiones, no se habian entregado á todos los desórdenes, á todos los escándalos, á todos los desastres que arrastra en pos de sí el libertinaje, cuando camina sin freno que pueda contener sus demasias. Y tal es la historia. Hagamos, empero, justicia al clero español del siglo XIII. «No eran, como en otro tiempo los prelados franceses, cazadores y guerreros bárbaros que despreciaban el uso de juntar sínodos, y olvidaban todas las reglas y máximas de la modestia y de la caridad, prefiriendo los placeres del lujo y ambicion personal al interés general del sacerdocio: no: los Obispos de España se hicieron respetar, conservaron la veneracion de los pueblos, y la regularidad de su disciplina introdujo la paz, el orden y la estabilidad en el gobierno del estado....» (2) y no es esto solo: antes fueron tambien legisladores del fuero juzgo, de ese grandioso monumento de la civilizacion de aquellos siglos.

En tiempos posteriores diferentes concilios han dictado cánones para evitar los vicios y los crímenes en que clérigos olvidados de sus deberes, y de la alteza de su mision pudieran incurrir; pero para bien de la humanidad, la aplicacion de las penas establecidas ha sido poco frecuente: la cultura, la ilustracion, el saber han ido cundiendo, si bien con lentitud. Asi que hoy los ministros del altar alumbrados por la luz de la ciencia, de la filo-

(1) Esp. sagr. tom. 56, pág. 217.

(2) Gibbon, tom. IX, cap. XXXVIII, pág. 114 y sigg.

sosia y de la razon, nos complacemos en decirlo, por regla general no afean con vicios, no empañan con crímenes su eminente dignidad: pero han tenido lugar por desgracia luchas encarnizadas entre el sacerdocio y el imperio: mas de una vez por exageradas pretensiones se han colmado lagos de sangre, se ha enrojecido el estandarte de la cruz, y los campos de batalla se han sembrado de cadáveres: acontecimientos tristes, sucesos lamentables que tanto manchan las páginas de la historia; pero no queremos insistir en esto, corramos un velo sobre tales hechos.

Nunca mas importante, mas augusta, mas sublime la mision del clero que en el siglo actual. Depositada la enseñanza en manos del sacerdocio, deben ser los clérigos modelo de sabiduría y ejemplaridad: encargados de conducir por el escabroso derrotero de los primeros albores de la vida á una juventud naciente prosternada ante las aras de los altares, hija del mundo y entregada al Dios, necesitan de todo el prestigio, de toda la consideracion, de toda la dignidad que inspira el hombre, cuando le enaltece la ciencia y le adorna la virtud. No queremos que el clérigo sea sombrío ermitaño, ó anacoreta triste de rostro pálido, no queremos que fanático se entregue al rigor de las vapulaciones y á la crudeza de la maceracion, no queremos que sea el hijo de las privaciones, de la soledad y del silencio: no; es hombre, y fuera temerario empeño intentar convertirle en mármol: pero queremos que no se precipite por los derrumbaderos del crimen, queremos que no se envilezca en el fango de la inmoralidad y el vicio; queremos ver en él un hombre austero, de espíritu fuerte, viril y poderoso, á quien no ha seducido el interés, ni ha degradado el deleite: á quien ofende la vida tumultuaria y bulliciosa y agrada el recogimiento y la quietud; á quien ejerce la caridad con mano pródiga y lleva el consuelo hasta el lecho del dolor; á quien enjuga las lágrimas de la desgracia, y derrama la alegría en medio de la orfandad; á quien escucha el lamento del pobre que gime afligido y vuela en su socorro á mitigar su afán; que al temblar el indigente de frio le prodiga auxilios. le acoge y asila hasta en su mismo hogar, y de esta manera cumpliendo siempre con los preceptos de Dios, sirviendo al hombre, consigue experimentar ese placer inefable que engrandeciendo el alma sublima al mortal.

Así se dilata el corazón humano, adquiere enaltecimiento el espíritu, y se ennoblece la vida: desde aquí hasta el martirio hay sin embargo abismos de distancia; empero no exigimos que

los clérigos sean héroes, queremos solo que cumplan exactamente los altos deberes que á ese orden impone su santa mision; debemos, no obstante, manifestar en honra de la verdad, que el clero del siglo diez y nueve es en su mayor parte ilustrado y virtuoso: alguna rama desprendida del tronco crece robusta con la sávia del mal, pero de que un hijo de esa comunión respetable se haya despeñado por los precipicios de la corrupcion y la inmoralidad, recorriendo en todas sus direcciones los senderos del extravio; no se deduce, no puede deducirse en buena lógica que la comunión misma toque ya en el borde de los abismos. Pero puede ser enormemente funesto á la sociedad el mal nacido del clero, y hoy mas que nunca urge atajar pronto el arroyo que desbordado y convertido en torrente no bastarán á detener poderosos diques, y un dia amenazará inundar en sus pestilentes aguas á los pueblos. Hoy que el sentimiento religioso se halla tan grandemente debilitado; y hoy que toda la atencion del hombre la abserven los intereses materiales y el cuidado de sí mismo, hoy mas que nunca son imponentes, son amenazadores, son alarmantes los crímenes en que pudieran incurrir los clérigos. Por eso los gefes de la iglesia deben apresurarse á cortar con hacha de hierro la pestilencial raiz del mal, que pudiera propagarse por los poros de la nacion, y entallada un dia, infestar la sociedad.

Permitasenos decir en bien de tan elevada clase y en bien de la humanidad: la depravacion sacerdotal en cualquiera pueblo donde haya ostentado su fatal presencia, ha sido siempre como todas las depravaciones un azote de Dios, una calamidad, un manantial perenne de infortunio: ha sido siempre el contagio que ha amenazado inundar con arroyos de podredumbre el santuario de las familias, llevando por donde quiera el luto, la desolacion y la muerte: y fuerza es decirlo: las funestas consecuencias producidas por la relajacion de la disciplina eclesiástica, no pueden señalarse porque no tienen límite. Son como las corrientes que brotan de las peñas y van á perderse en la profundidad de los mares: son como las avenidas de los rios que inundan los campos, y anegan en sus aguas la vegetacion; son, en fin, como los rayos que desprenden las tormentas para causar en el mundo el esterminio y la muerte: y tal es la verdad; verdad resplandeciente como el sol del medio dia, pero horrenda y lóbrega como la oscuridad de las tinieblas, triste y sombría como el silencio de las tumbas, y elo-

cuenta como el bramido del huracan que ruge entre el fragor de la tormenta.

No necesitamos protestar que hablamos hipotéticamente, preveyendo males que pudieran sobrevenir; pero que están muy distantes de tener lugar. No es, pues, porque nos duela la desgraciada situacion, que pudiera atravesar la sociedad en que vivimos: no es porque cada dia que pase, se ensanche el cráter del abismo, que amenaza tragarnos: no es porque el horizonte del porvenir esté empañado con manchas ennegrecidas, ni porque el amor á la sensualidad y al deleite, puedan sumirnos en el lodazal inmundo del vicio y la hediondez; no. Este degradante estado que á grandes pinceladas en un supuesto describimos, por fortuna ni siquiera nos hace estremecer su amago; pero no es impertinente ni importuno llamar al redil, algun piadoso pastor que haya abandonado su rebaño: no es intempestivo ni enojoso despertar algun clérigo del letargo en que tal vez yazca dormido: no es infecundo y estéril recordar su deber al que se olvida; por eso escribimos esta página, por eso queremos ser leídos, por eso trasmitimos al papel nuestras ideas, y por eso queremos estirpar el mal alli donde un gérmen comience á aparecer.

CAPITULO TERCERO.

DE LA POLITICA.

Antes de entrar en materia, ocioso no será anticipar una idea. No es cierto como quieren suponer algunos que se hayan agotado ya todas las combinaciones del pensamiento: no es cierto que el espíritu humano haya tocado ya el limite del perfeccionamiento posible, y descansa tranquilo en medio de su constante agitacion: no es cierto que la humanidad haya traspasado ya la esfera del círculo en que se viene moviendo por el largo trascurso de sesenta siglos: no: sabemos bien que la sociedad de hoy no es la sociedad de ayer, que la de mañana no es la sociedad de hoy: sabemos que marcha, que adelanta, que progresa, porque el pro-

greso es la ley que preside al mundo, es el pensamiento que anima á los hombres, es el resplandor científico que alumbra á la humanidad: pero sabemos tambien que ese adelanto, que ese movimiento, que ese progreso son lentos, son pausados, son tardíos. La civilizacion en el mundo aparece como la luz del sol en lo sombrío de los valles despues de haber alumbrado por altos cerros y empinadas cumbres, sigue su curso como las aguas de un rio que despues de arrastrar su corriente por entre diques, se desborda y derrama henchido sus ondas crecientes por las llanuras de una fecunda campiña, aparece en fin como el resplandor de la aurora, luego que se ha disipado la bruma de una noche ennegrecida: así. Por eso tarda en llegar. Las sociedades caminan sin duda á la perfectibilidad, porque son progresivas; pero distan mucho de la cumbre, aun van trepando por esa escabrosa y derrumbada pendiente.

Asi que, los modernos apóstoles de la libertad, que pretenden emancipar el mundo: que los sábios que se fatigan para fijar los verdaderos derechos del hombre, y elevarle á la consideracion social, que debe tener en la vida: que los que agitan en el torbellino de la discusion científica y creadora la resolucion de grandes problemas sociales, discurren sin duda bajo el prestigio de una lamentable ilusion, cuando pretenden asegurar que la humanidad no necesita agitarse mas en su círculo progresivo, porque ha llegado ya á traspasar la circunferencia. Semejantes asertos no cautivan, no pueden cautivar nuestro sentir. Creemos que se exagera cuando tal se escribe, creemos que se dista inmensamente de la verdad. No: falta mucho aun para llegar á ese tan decantado perfeccionamiento. Acaso no sea aventurado asegurar, que la humanidad no se ha alejado aun á grandes distancias de sus orígenes. Verdad es, que los siglos de la imprenta, del vapor y de la electricidad, han hecho lo bastante para darse un nombre glorioso, y ocupar un punto brillante en los fastos inmensos del tiempo; verdad es, que las artes han recibido un poderoso impulso á despecho de la proverbial apatía de nuestros gobiernos; verdad es, que las vias de comunicacion han adquirido (podriamos decir) la misma velocidad que el pensamiento; que vemos la accion del vapor dando impulso á un tren aterrador, que sobre dos aristas de hierro cruza por instantes alejadas tierras; que vemos descomunales embarcaciones deslizarse rápidas por la inconmensurable superficie de los mares, y que telégrafos eléctricos

han puesto en contacto á mundos separados por inmensidades de distancias.

Pero aun hay un dilatado camino que recorrer, aun faltan profundos abismos que salvar, y no obstante, la prosperidad es nuestra guia, y no obstante, el progreso es nuestra ley, que arrastra orgulloso corriente espumosa y no atajan los diques su curso velóz. Ni ¿por qué renunciar á progresion ulterior? ¿Por qué abandonar la esperanza, ese último auxilio en los conflictos de la vida? ¿Por qué desesperar de tan gloriosa nacion? La España, que domó los mares, que civilizó la América, que descolló en las artes! La patria de Lope de Vega, de Cervantes, de Calderon, de Velazquez, de Argüelles, de Campomanes, de Jovellanos y de tanto sábio! La España que venció en Pavía, que venció en Lepanto, que venció en Bailén, que llevó sus conquistas hasta las heladas crestas de los Andes, no necesita mas para ponerse á la altura de las primeras potencias de la moderna Europa que un buen gobierno y unidad entre sus hijos.

Pero digresamos demasiado: entremos ya plenamente en la emision de nuestras ideas. La política: esa ciencia que tiene por objeto gobernar sabiamente las naciones, procurando á los pueblos paz, abundancia, civilizacion, orden, justicia, cultura, ley, seguridad, permanencia y dignidad en sus relaciones con los demas países, que se propone fomentar los intereses morales y materiales de los pueblos; que encierra en su seno la idea de lo justo, de lo equitativo, de lo beneficioso, de lo saludable, esa disciplina social, en fin, que aspira en sus altas miras á resolver el problema de la asociacion humana: esa ciencia repetimos nace, está aun en gérmen, vive en su infancia; necesita para su perfeccion del auxilio del tiempo; para su desarrollo los hombres públicos deben ser monumentos de virtudes. ¿Qué enorme suma de males no puede producir en la sociedad la equivocada aplicacion de sus principios? ¿De qué orden tan superior no son los intereses que crecen á su sombra, y que por desgracia pudiera lastimar? ¿Qué de calamidades no afligirian los pueblos, si un gobierno desplegara en el mando recursos funestos, y proponiéndose resistir abiertamente á las exigencias de la época, se encerrara en un circulo de hierro, luchando en guerra sangrienta con los principios del progreso, sin prestarse á reconocer el estado de la opinion...? Semejantes gobiernos provocarán la indignacion de las naciones: desde el seno de los pueblos se elevaria al cielo un gri-

to de alarma, y la revolucion con todos sus estragos, con todas sus calamidades, con todos sus desastres, ostentaria su fatal presencia. La ostentaria, porque (y sin que esto sea hacer aplicaciones de ningun género) cuando los escándalos insultan altivos una inerme y pacífica sociedad; cuando suena la hora en que concluye el imperio de la anarquía, para que se exalte al trono el imperio de la justicia, del orden y de la ley; cuando los pueblos no pueden permanecer por mas tiempo postrados en el lecho del sufrimiento social; cuando concluye el letargo que adormece en un sueño de muerte la precaria existencia que suele arrastrarse por entre las cavilidades de un espionaje alentado, y el fúnebre silencio que inspira el terror; cuando gobiernos temblorosos y asustadizos quieren que las naciones sean cementerios, los pueblos sepulcros y los domicilios mazmorras: cuando los gobiernos hollan los principios, conculcan las leyes, no respetan las garantías, encadenan los pueblos, destrozan las constituciones, y aspiran á mandar sobre esclavos; entonces y cuando siembran vientos, solo recogerán tempestades; entonces y cuando siembran tiranías, solo recogerán revoluciones, que en las circunstancias que describimos son justas, son necesarias, son indispensables, son santas, porque gobiernos de esa especie son en sí mismos revoluciones permanentes, revoluciones esterminadoras, revoluciones garantidas.

Seguridad en el interior de los estados, dignidad y buena fe en las relaciones diplomáticas con los demas paises: hé ahí los polos en que debe girar constantemente la política. Si Maquiavelo pudo en algun tiempo aconsejar á los príncipes que la deslealtad era un poderoso elemento que entraba por mucho en la gobernacion de los pueblos, y con sus principios de astucia conquistó un triunfo; ese hombre y su política han merecido el desprecio de mejores siglos. La historia no niega á Maquiavelo ni su talento ni su acierto tal vez en la direccion de los negocios públicos; pero la historia y los hombres pensadores relegan al sepulcro del olvido sus máximas de gobierno. No: la política, la gobernacion debe ser franca, esplicita, manifiesta, evidente, demostrada, y siempre en armonía con la progresion social, cualesquiera que sean los hombres públicos, sus ideas, sus opiniones, su comunión, su sistema.

No consiste, pues, la política en mentir é intrigar de real orden: no: consiste en el ejercicio de la justicia, en la recta aplicacion de la ley, en las tendencias á la prosperidad del estado.

Si carece de estas condiciones, esa política lejos de crear, de fomentar, de producir; destruye, asola, estermina, abisma las familias, desola los pueblos, mata las naciones.

Pero estos temores no amagan á la España. Que los hombres públicos comprenderán sino han comprendido: «que sobre el sepulcro de los gobiernos tutelares cantan un himno las naciones: que sobre el de los gobiernos tiránicos los hombres escriben una maldicion indeleble; pero que en el de los gobiernos cobardes ó imbéciles tan solo se deposita el desprecio de las generaciones que pasan.» Que los llamados al gobierno de los pueblos no se adormezcan al arrullo de la adulacion y la lisonja: que su espíritu no se asfisie al respirar en una atmósfera elevada, que empuñen con firmeza las riendas del poder, y que descansen tranquilos los pueblos á la sombra de su proteccion, como reposa tranquila la tierra en los brazos de su Dios.

CAPITULO CUARTO.

DEL GOBIERNO.

El hombre, ser moral, social, inteligente y libre, imágen del Dios ha nacido para vivir entre los demas hombres: por eso la sociabilidad es una ley de su existencia, por eso el aislamiento le abruma, por eso la soledad le fatiga; no ha sido, pues, arrojado por la mano de Dios al mundo para que vague errante por las inmensidades del desierto. No; que para cumplir su mision sobre la tierra necesita la sociedad que es su elemento. Por eso los que como Rousseau han supuesto un estado primitivo de soledad, renegaron de la historia. El hombre en la sociedad se enaltece, y en ella se civiliza: nace en el seno de la familia, pasa al régimen patriarcal, viene á la sociedad civil. Hé ahí la historia de la humanidad en sus diferentes periodos.

Esparcidas las familias por la superficie del universo, cual poblaciones movibles, trasportan á lejanos horizontes sus aduares:

el hombre entonces cruza errante por la tierra, se dedica á la caza, hace la guerra, cultiva los campos, ó le ocupa el pastoreo. Todos los hombres, pues, cualesquiera que sea el estado de su civilizacion; ora alumbre la vida con el tibio fulgor de sus primeros albores, ora con la brillantez del sol en medio del firmamento, es innegable que han vivido en sociedad, y esto en todas las épocas, en todas las situaciones, en todos los grados de su progresion y de su cultura.

No se crea, sin embargo, que esas informes aglomeraciones de familias se parecieran en nada á la organizacion magnífica, brillante y pomposa de nuestras sociedades modernas: no; pero era acomodada á su estado, á su situacion, á su manera de ser y prósperar. Empero las hordas de los pueblos nacientes con los progresos de la razon y las exigencias de la cultura, han civilizado lentamente, si bien de un modo continuo su existencia. Las tribus salvages, que en los bosques vivieran entregadas al ocio, á la intemperancia ó al sueño, ya despiertan á la voz de piadoso misionero, ya al estruendo del cañon de atrevido navegante. Así suelen los hombres conquistar las tierras hasta entonces desconocidas: el primero les esclarece los misterios de la religion que ignoran, el segundo les dá á conocer la naturaleza y les explica sus fenómenos: así penetra la luz en la region de las tinieblas, así se disipa la atmósfera de la ignorancia, así cunde entre los pueblos la cultura. Un dia esos habitantes esparcidos por la estension de las selvas, forman grupos como las arenas del mar atraidas á las orillas por las corrientes forman montañas. El instinto despues de la propia conservacion, la ley inexorable de la necesidad, la esterilidad del suelo acaso, las guerras, los pactos, las conquistas en fin, obligan con frecuencia á las familias á emigrar, y causas análogas atraen á un centro otras que antes carecieran de un vínculo comun de dependencia; así y como por aluvion van los pueblos engrosando, así y no de otro modo se ha verificado la formacion de las sociedades civiles, de esas asociaciones de personas que no tienen otro objeto que dispensarse mútua proteccion, y contrarestar los ataques de los que infringen y no respetan sus derechos. Hé ahí como surge la idea que ya en otro lugar dejamos consignada: hé ahí santificada por el origen de las sociedades, la obligacion moral en que estamos constituidos de trabajar todos en la felicidad de todos, de prestar un sacrificio personal por el logro de un bien colectivo, de dar

expansiones al corazon, y abrazar en él, si es posible, á la humanidad entera.

Esplicado ya tan ligeramente, como la naturaleza de este trabajo nos lo permite, el origen de las sociedades, veamos como ha nacido la idea del gobierno, los trastornos que han sufrido los pueblos, los cambios profundos que de tiempo en tiempo suelen obrarse en el seno de las naciones.

Reunidas las familias, constituida la sociedad, la conservacion, el fomento, la defensa de los intereses de los asociados suponía naturalmente la cooperacion universal; pero esta cooperacion fuera estéril, ó rayara en lo imposible, sin un centro de accion, que diera impulso, é hiciera de las fuerzas y de las prestaciones sociales una sola fuerza y una sola prestacion. De aquí el origen, y naturalmente la necesidad del gobierno. Regidos los hombres por el acaso, ó por su propio alvedrio, el mundo no fuera mas que un campo de batalla, una lucha permanente, un lago de sangre. Abandonad á los hombres un solo dia, y los pueblos desaparecen de la faz de la tierra, el caos fuera la vida, y el bárbaro derecho de la fuerza la ley del mundo. Por eso fue voluntad de Dios someter al hombre, desde que nace á la autoridad de la familia, seguirle en su peregrinacion por la tierra y acompañarle hasta el sepulcro.

La sociedad, pues, sin gobierno podria simbolizarse en el espectáculo que presenta la naturaleza en desórden desgarrada por las tormentas. Y no se crea que hemos exagerado nuestras doctrinas. Códigos inmensos se han escrito, todo género de espia-ciones se ha inventado, no hay suplicio en el mundo que no se haya impuesto, y sin embargo, el crimen todavia no ha podido conquistarle la historia. Créase el Orbe, aun no son mas que tres personas las que por él vagan, personas á quienes ligan los mas fervientes votos del parentesco, y ya se derrama la sangre, ya se comete un fratricidio, y ya la naturaleza enlutada presencia el lúgubre espectáculo de la muerte. Digase ahora si exageramos nuestras teorías. La sancion religiosa, las leyes penales, las hogueras, las cadenas, los cadalsos, nada basta á contener al hombre en su azaroso derrotero, que cual impetuoso torbellino que arrebatara cuanto encuentra al paso, así siembra el hombre la desolacion y el esterminio cuando deja desbordar en torrente sus pasiones.

Mucho importa entibiar su saña, no menos calmar su frenesi,

esa es la obra de la educacion: fomentadla; pero no queramos anticipar ideas que tienen su oportuno lugar en otra parte, y que nos distraen del objeto principal que nos ocupa. Volvamos, pues, á él. Es nuestra conviccion que todas las formas sociales conocidas, que todas las distintas combinaciones hasta aqui empleadas, todas son bastantes, todas son susceptibles, todas son capaces de causar el bien. No está, pues, el origen del mal en las instituciones, ese origen del mal brota en los hombres.

Allí donde la libertad germine, donde la abnegacion se ostente, donde el patriotismo brille, donde á los pueblos no les abrume el peso de los impuestos, donde la agricultura florezca, donde se encumbren las artes, donde la administracion no se complique, y tenga á un tienpo rapidez y economía, allí donde los gobiernos descansen en la confianza de sus pueblos, donde la fuerza armada no sea necesaria sino al declararse la patria en peligro, donde la fuerza moral ponga á los gobiernos al abrigo de convulsiones funestas, donde las arcas del tesoro reboseen en millones, donde no se conozca la deuda, donde no se haya escrito en un acta parlamentaria la palabra *empréstito*, donde las pensiones adquiridas por una accion gloriosa no sean solo una esperanza lisonjera, donde los hombres del poder miren el tesoro de la nacion como el arca santa, allí donde no se encadene el comercio, donde las distancias se cubran de vías ferradas, donde las comunicaciones sean eléctricas, donde la muchedumbre embrutecida se ilustre, donde la justicia sea el idolo del estado, donde el mérito conquiste sus triunfos, donde en las cumbres de los puestos eminentes brillen los hombres encanecidos en las ciencias, donde no se vendan las plumas al interés, ó se dobleguen al temor, donde el favor ó el espíritu de partido sean siempre recursos estériles para la obtencion de destinos y dignidades, donde los altos funcionarios sean impenetrables á la venalidad, como las murallas de bronce á las balas del cañon, donde la libertad, la seguridad, la propiedad, los derechos, en fin, del hombre sean respetados, donde no se condene por fugaces indicios á personas tal vez inocentes á sufrir en tierra estraña los rigores del ostracismo, donde el domicilio sea el santuario en que las familias descansen con quietud, sin temer los desastres de una invasion oficial que lleve el luto, al seno tal vez de la inocencia, donde al hombre se aprecie por hombre, y no tan solo por rango social, allí en fin donde resuenen cánticos de alegría, expansiones del alma, goces del corazon, allí la felici-

dad del mayor número resplandece en un horizonte de ventura, allí el infortunio es un suceso, y la pobreza una escepcion. Pero que no se fatigue la inteligencia humana, que por solo destronar ambiciosos mandarines no conmueva los estados con trastornos funestos y revoluciones sangrientas, que no erija un altar de la patria y ofrezca en sacrificio las formas de gobierno, porque el mal está en los hombres.

No harán mas los pueblos modernos que hicieron los antiguos Esparta, Atenas y Cartago; que esos pueblos interrogaron á la ley política y bien pronto sorprendieron sus secretos. Ellos hicieron de sus probabilidades teorías, de sus teorías sistemas, de sus sistemas formas de aplicacion. Asi que, en los primeros albores de nuestra civilizacion, en el mismo período griego tenemos ya en ensayo cuantas formas de gobierno habian de producir despues todas las convulsiones de los siglos. Toda la doctrina social aparece entonces, y despues nada nuevo se ha creado. Los pueblos antiguos pasan sucesivamente de la monarquía al imperio, del imperio á la república, desde aquí á la democracia. Dan nuevas formas de estado, entronizan las instituciones en el poder por entre arroyos de sangre; que ya desgarran el manto imperial, hacen astillas los tronos, arrojan al suelo las coronas, levantan cadalsos, decapitan reyes, y despues de tanta furia, y de tan prolongado delirio, de tal destruccion y de tal carnicería contemplan su obra, y disipado el terror y restablecida la calma, llegan á conocer que han triunfado sobre ruinas, que han combatido un fantasma, que han luchado á ciegas, llegan á conocer que el mal está depositado en el corazon de los hombres, y que con sepultar instituciones no han hecho mas que producir estragos. Profundas lecciones de la historia que mucho importa no se olviden nunca.

Verdad es que todas las grandes revoluciones de los estados son casi siempre producto de abusos, de tirania, de despotismo, de nefandos crímenes, que no siempre los pueblos son culpables de los desastres que por desgracia la humanidad deplora, y hé ahí la historia. El cadáver de Lucrecia espuesto en la plaza de Roma despues de violado por Tarquino, dá el último golpe á la agonizante monarquía, y hace brillar esplendorosa la aurora de la república; á la vez las rocas ensangrentadas de Cesar, concluyen con la república y evocan el imperio. Ved ahí por la historia la justificacion de la verdad consignada, y si necesario fuere, haríamos uso de algunos ejemplos palpitantes. Empero concluyamos,

que vamos encaminando nuestros pasos por una pendiente demasiado resbaladiza, y no quisiéramos caer precipitados. Todas las formas de gobierno, todas las combinaciones políticas, todas son capaces de producir el bien: el origen del mal no está en las instituciones; ya lo hemos dicho, y no nos cansaremos de repetirlo, el mal está en los hombres. Si alguna vez por desgracia fuera forzoso atajar los estragos del despotismo, los desórdenes de la anarquía, ó los abusos del poder no deben olvidarse aquellas sublimes palabras del apóstol, sufrid sin sublevaros; mas si el sufrimiento abruma, y ese lúgubre y prolongado silencio de los pueblos aun no ha llegado á aleccionar á los reyes, entonces antes de entrar en la lucha, antes de encender la tea, y antes de alumbrar la tumba al fulgor del disparo de los cañones, consultad un instante al Dios del cielo, y con el grito sublime de yo me basto á mi mismo, triunfad sobre las ruinas del tirano.

CAPITULO QUINTO.

DE LA EDUCACION.

Si algun pueblo ha florecido en el universo, si alguna nacion ha descollado en las ciencias, ese pueblo y esa nacion se habian educado bajo la salvadora influencia de leyes sábias, de instituciones benéficas, de principios libres. Suprimid la libertad un solo dia, y el sol se nubla, el oscurantismo nace, y la atmósfera del mundo se empaña con la lóbreguez de las tinieblas. La educacion del pueblo: hé ahí la primera necesidad social.

Alumbrad su inteligencia, civilizad su vida, domad sus pasiones, dirigid su corazon, y desde ese instante el crimen ha desaparecido entre los hombres. Leed ese padron de ignominia en donde figuran los nombres de criminales célebres, estudiad su historia, y vereis que ni un rayo de luz ha iluminado su espíritu, que ni un sentimiento noble ha enaltecido su alma, y que derrama veneno mortífero por los bordes de su corazon. Que el pueblo sea

ilustrado y libre; porque la libertad es la ley de las naciones, es el idolo que adoran los pueblos, es la verdad del evangelio en la tierra. Por ella Bruto sacrificó sus hijos, por su conquista han luchado los hombres, por su triunfo se han puesto en combustion las sociedades. Séamos ilustrados, séamos libres con esa libertad santa que proclamaba Miraveau entre las tormentas de la tribuna, haciendo resonar por el mundo las atronadoras vibraciones de su voz, que iban á apagar su sonido en los valles del desierto, como el trueno que despues de rugir en el espacio, ensordece rónico en las entrañas de las cavernas. Séamos libres, que allí donde la aurora de la libertad ha aparecido, allí la civilizacion se ha desbordado.

Que el siglo no ensordezca á estas verdades, que no se postre en la fatiga, que despierte, que comprenda que está llamado á volver á la vida ese cuerpo inmenso, que lánguido y exánime, lanza ya el postrer suspiro, ese cuerpo inmenso lánguido y exánime, que en sus impotentes sacudidas exhala un eco fúnebre como el lúgubre silvido que desprende el estertor de un moribundo: ese cuerpo inmenso, lánguido y exánime cuyos alaridos se pierden entre el ruido de sacrilegas orgías y crapulosas bacanales, como se pierde el lamento del naufrago agonizante entre el bramar de las olas y el mugir de la tempestad. Que así comprenda y así consume la obra que el curso de los sucesos le ha preparado.

Honra á la libertad, gloria al progreso. Que los déspotas del oriente aborrezcan con ódio implacable las ciencias: que respiren en una atmósfera ennegrecida con los vapores de la ignorancia: que tiemblen estremecidos ante el pensamiento de civilizar sus pueblos: que aspiren en su espantosa barbárie á egercer la tiranía y á dominar déspotas sobre esclavos; nada importa. Que algun día las generaciones venideras cubrirán de ignominia su funesto nombre, y escribiendo sobre sus tumbas una maldicion eterna, caerá sobre su memoria la execracion de los siglos. Que esos mónstruos de oprobio encadenen sus pueblos: que desplieguen una política de esterminio: que proclamen la esclavitud de las naciones; nada importa. Los príncipes de España han comprendido que la gloria de los monarcas consiste en mandar á pueblos libres, y ni se nos impone el yugo, ni doblamos la cerviz, ni el pueblo liberal teme á tiranos.

Importa, pues, hacer cundir la cultura, disipar la ignorancia, fomentar la educacion. Instruid al hombre y habeis civilizado al

ciudadano, educad la familia y habeis organizado la sociedad. Però para el logro de tan inmenso bien, es necesario que en el regazo de la madre, que en la infancia, que en el mismo hogar doméstico la niñez experimente afecciones saludables, porque el espíritu del niño recibe entonces fácilmente la semilla del bien ó del mal, y porque el corazon del hombre en los primeros albores de la vida se abre facilmente al amor y á la ternura.

Por eso el desarrollo progresivo de la sociedad está siempre en armonia con las reglas, con las costumbres, con las tradiciones, con los elementos morales y religiosos que la sociedad recibe de la familia. Es el hogar doméstico el santuario donde se deposita lo mas augusto, lo mas puro, lo mas sublime que existe sobre la tierra: el amor de una madre y la pureza de una virgen. Profanar ese asilo casi siempre de la inocencia, muchas veces tambien de la desgracia, es ultrajar la humanidad y ofender la religion de la familia; que la santidad de la familia tiene tambien su religion y su templo. Respetad, pues, los hogares del domicilio, esos santos asilos de la virtud: derramad en ellos la castidad y el ejemplo, y nunca sembréis en tan sagrados lugares la hedionda semilla de la torpeza, del vicio ó la infamia; no, porque el baldon reflejará en vuestras frentes, y sereis el escarnio de los hombres virtuosos, si es que un dia no ós difama la afrenta, ó espiais entre los gritos del remordimiento, y las reacciones de la conciencia vuestras punibles flaquezas.

Que en el seno de la familia brote fecunda la virtud, que en la edad infantil el espíritu del niño reciba tan solo pensamientos nobles, su corazon afecciones de ternura, así palpitará espansivamente y así los sentimientos que abrigue en su fondo serán puros, y no nacerán mezclados con la maleza, como la mies sembrada en un campo sin cultivo. Respetad, pues, con misterio tan venerandos lugares, rendid un culto, y fomentad con anhelo la virtud. Así y no de otro modo se engrandecen los pueblos, y trasmiten á la posteridad nombres gloriosos: así y no de otro modo brillan los estados, conquistan imperios, y las generaciones cantan sus triunfos sobre la cumbre de los siglos.

El pueblo romano no menos que á la sabiduria de sus leyes debe á su educacion grandes conquistas. Cada jóven es un atleta, y cada atleta un jigante. Así se explica como ese pueblo de vándalos y aventureros se engrandece: como ostenta las aguilas del imperio por los confines del mundo; y como del seno de sus po-

derosas legiones salen torrentes de lava, que asolan, esterminan, destruyen la tierra. Asi se explica como Licurgo y otros legisladores hacen de cada familia un pueblo, de cada pueblo una nacion, de cada nacion un mundo. Pero esa educacion para producir tanto bien debe tener á la vez su dogma, su filosofia, su historia, su conveniente desarrollo.

Entremos de lleno en materia. Que el hombre es perfectible, que es infinitamente modificable, puede considerarse como una verdad eterna, inconcusa, infalible, de sentido comun. A esa perfeccion tiende en sus instintos, en sus inclinaciones, en su espontánea y natural propension: á esa perfectibilidad camina impedido por el embate de las generaciones que se suceden en el vacío de los siglos, como las olas en el espacio del mar. Ni esta verdad necesita justificarse, y basta su simple enunciacion. El hombre es perceptible, y á su paso y con él marcha la sociedad: ya lo hemos dicho: para civilizar á esta es necesario educar á aquel: el peso de la educacion pública en la balanza de las naciones es inmenso: su influjo omnipotente; ora cambia el derrotero de la humanidad en su carrera: ora detiene ó agita el curso de la opinion; ya contribuye á dar nueva forma á los estados; ya decide de la suerte de venerandas y seculares instituciones; ya conserva ó destruye, modifica ó cambia, renueva ó innova; y siempre su poderoso influjo se deja sentir en los cambios lentos, y apacibles de las ideas.

Véase, pues, cuanto importa fundar la educacion pública sobre bases sólidas, encaminando á la juventud por el rumbo de la prosperidad y el progreso, sendero encubierto con maleza, pero á la vez matizado de flores. Eduquemos al hombre, moralicemos la familia, que de la felicidad de la familia surge la del estado; y la paz, el orden, el sosiego y la quietud de los hogares se derraman sobre la superficie de la nacion, como se derraman las aguas de los rios hinchendo de frescura y fertilidad las campiñas.

La educacion para producir ópimos y sazonados frutos debe tener por base la moral. No bastan para dirigir al hombre por la pendiente de la vida las combinaciones del raciocinio, ó el conocimiento de la necesidad de arreglar las acciones esternas á la ley. Es indispensable ensanchar su espíritu, engrandecer su alma, elevarle en sus miras hasta Dios, fortalecerle en las moribundas creencias de la religion que profesamos, encender en su corazon la llama de la fe, é inspirarle aquel fervor ardiente, aquella re-

signacion sublime que llevó á los cristianos de los primeros siglos al martirio. Asi formado el hombre, arrostrará con paciencia las penalidades, que aquejan esta vida fugaz, y asi de creencia en creencia, y de esperanza en esperanza mitigará con los consuelos de la religion las tribulaciones del mundo, y el suicidio, ese término fatal de las miserias humanas, será un recuerdo funesto del pasado, no una amenaza del presente, menos un profundo temor del porvenir.

Que la educacion sea pues religiosa, porque sin religion, sin fe, sin creencias toda sociedad es imposible. Allí donde el espíritu religioso es mas ferviente, allí todas las revoluciones, que no desenvuelven un pensamiento fecundo, son estériles.

Y no es cierto que el cristianismo gastado ya, deje de satisfacer á las exigencias de las sociedades modernas. Semejante absurdo ofende la inteligencia, y no puede considerarse sino como deforme aborto de alguna imaginacion calenturienta: no; el cristianismo no envejece jamás: el cristianismo no puede perecer, ni ser sustituido con ventaja porque está en armonía con todas las instituciones, con todos los principios, con cualesquiera organizacion social, con todas las formas de gobierno en fin.

Y no puede ser de otro modo, cuando todos los problemas sociales que mas ó menos tarde se han de abordar en el mundo, esperan su resolucion del principio religioso: que no es la ciencia la llamada á decidir las cuestiones capitales de la vida, porque para disipar la bruma que entenebrece la atmósfera en que se agitan, no son bastantes los pálidos fulgores, que arroja su tibia luz. Tampoco lo es el bárbaro derecho de la fuerza trasportado de las selvas á las sociedades con formas pacíficas, porque aquellos dias de oprobio, en que el mas débil gemía sometido á la dominacion del mas fuerte, el abismo del tiempo les ha sepultado en su tumba, y no volverán á aparecer para cubrir de mengua y baldon las sociedades; no volverán, que el torrente de luz que alumbra á Europa disipó para siempre las tinieblas de la barbarie.

Eslo sí el principio religioso, que proclama la paz entre los hombres, que destruye todas las categorías de la tierra, que emancipa la muger, y que para colmo de tantos y tan eminentes triunfos constituye un mundo libre en medio de un mundo esclavo. Eslo sí la moral del evangelio pura, sublime, moral y consoladora, que basa la felicidad de los hombres en la práctica de las virtudes, en la represion de las pasiones, en el amor á nuestros

semejantes y en los triunfos del alma en sus guerras con las exigencias del cuerpo.

Justificado ya que sin religion no hay felicidad posible, permitasenos aconsejar á los encargados de conducir la juventud en los primeros años de su vida, procuren principalmente grabar en la memoria de los niños las verdades de la revelacion, porque ellas serán en su dia los faros que alumbrarán tal vez su entenebrecida existencia. Las impresiones que se reciben en la infancia son indelebles. Por eso á cada idea sucede un recuerdo, á cada recuerdo un sentimiento, á cada sentimiento un consejo. Lo repetiremos, pues, la educacion para producir el bien que se desea, debe fundarse en el principio religioso; sin semejante condicion es estéril é infecunda, como la lluvia que refresca abrasados arenales.

Tanto mas necesario es el buen sistema en la educacion de la juventud, cuanto que llamados los pueblos por las constituciones anodernas al goce de derechos políticos necesitan conocerlos para ejercitarlos, y sino es asi otorgad garantías á la ignorancia, y vereis el mundo desgarrado por los desórdenes. Los beneficios de la educacion general no tienen limite. La educacion ilumina la inteligencia, ennoblece al hombre, y lleva la luz á la region de las tinieblas, produce la identidad de miras en los pueblos, porque los hombres, profesando las mismas ideas, impulsados por análogas tendencias, regidos por idénticas costumbres, impulsados por influencias iguales, respirando en una misma atmósfera, nacidos bajo un mismo cielo, y acogidos en unos mismos hogares, lejos de mirarse como enemigos, se considerarán identificados y mutuamente se darán con efusion el dulce nombre de hermanos.

Ved ahí resuelto por el sistema general de educacion, el gran problema de la unidad social: ved crecer á cada paso su importancia y con ella la necesidad de instruir al pueblo. El dia en que se haya consumado la grande obra de la educacion universal, vereis majestuosamente elevarse la democracia hasta los tronos, y esto sin necesidad de abrirse el camino con trastornos y conmociones funestas. Universalizad la educacion, porque no es el monopolio de una clase; que todos los hombres tienen derecho á recibirla, como le tienen á recibir la luz del sol ó á aprovecharse de la lluvia que envian los cielos.

El monopolio de la ilustracion es la tirania, es la oscuridad en pugna con la luz; es el réinado de la fuerza sobre la debilidad de la ignorancia: es el despotismo que triunfa arrogante sobre la

libertad que milita impotente: es en fin el tirano asentado en el trono ensobreciendo su orgullo con la brutal lisonja de mandar esclavos. Que el pueblo se illustre y el pueblo será feliz; porque un sistema de educacion general bien dirigida llevará hasta el conocimiento especial de las capacidades respectivas, y asi bien empleada la actividad moral de los individuos, de cada hombre habreis hecho un sábio y de cada sábio un genio. Plegue al cielo que estas verdades no sean desatendidas por los Gobiernos, y plegue al cielo que la España caminando orgullosa al frente de la civilizacion europea, llegue á ser un dia el pueblo mas poderoso y mas grande de la tierra.

CAPITULO SESTO.

DE LAS COSTUMBRES.

Abramos la historia, leamos en sus páginas, consultemos sus anales, que la inteligencia medite sobre los sucesos del pasado, y en el estudio del hombre encontrará lecciones elocuentes, recuerdos palpitantes, consejos profundos, que escitando la prevision alejarán del mal. Del estudio reflexivo de la historia, y del estudio de la humanidad se desprende: que las sociedades antes de darse leyes, de crear instituciones, de formar sistemas, se rigen por el hábito, por el instinto, por las costumbres. De él se desprende, que los pueblos, en donde los estragos de la corrupcion no se han sentido, en donde la molicie no ha enervado los espíritus, en donde la sensualidad no ha envenenado el corazon, allí las generaciones han cansado al tiempo, sus conquistas han estremecido al universo, y su nombre glorioso se ha trasmitido á los siglos: como de él se desprende, que en donde las costumbres se han conservado en la pureza, las legislaciones de esos pueblos han sobrevivido á las edades.

Si se quisiera dudar de estos asertos, justificáramos nuestras ideas con la historia de todos los tiempos y de todos los pueblos. Hagamos, empero, alguna ligera indicacion. En el período infan-

til de la vida humana no existe, no puede existir un derecho positivo, ni menos la legislacion, estableciendo reglas para la formacion de las instituciones politicas y las leyes. La humanidad tan solo está regida por tradiciones consuetudinarias: asi marcha y asi progresa, si esas tradiciones, si esas costumbres envuelven en su seno el gérmen de una civilizacion propagadora; y si bien en el origen de las sociedades no existen códigos escritos, aparecen al menos relaciones jurídicas y universales, que se reflejan siempre en la formacion de las leyes. Hé ahí porque importa regenerar las costumbres antes de elevarlas á la categoria de preceptos, antes de darlas lugar en los códigos, y antes de garantizarlas con sanciones positivas.

Pero hemos llegado á una edad en que los hombres, sin embargo de regirse por leyes sabias, aun se despeñan de crimen en crimen, como quien cae precipitado de abismo en abismo, y si la perversion de envejecidos hábitos, ó la perniciosa influencia de depravadas costumbres fueran el manantial pestilento del cáncer, que corroe las entrañas de las naciones, no fuera pueril ni ridiculo escribir una página, lanzar un grito, elevar un clamor: por eso nos vamos á permitir algunas consideraciones; por eso vamos á tender una mirada tan rapida, como nos sea posible sobre el estado actual de las sociedades modernas, y sobre las causas, que puedan producir el mal que las asije.

Entremos, pues, en materia. El hombre del siglo de las luces arrojado en medio de una sociedad distraida, tumultuaria y bullíciosa, que se olvida de Dios para entregarse al mundo, que descuida los intereses morales de la vida para rendirse en brazos de un materialismo asqueroso, que encierra el corazon en un círculo de hierro, esa sociedad que adora la despreocupacion sin querer comprender que ese ídolo que ella misma se ha creado es un símbolo repugnante y contrahecho, que fuera de los intereses materiales y de un egoismo sombrío no ve nada que pueda tranquilizarla en la agitacion de su impaciencia, esa sociedad invadida por el torrente devastador de la filosofia sensualista y del amor al deleite, que reniega de la historia, y olvida que los tiempos del bajo imperio degradaron á la humanidad y cubrieron de ignominia al pueblo que en mejores siglos fuera el terror de las naciones; esa sociedad, repetimos, decrepita, enervada, envilecida está próxima á postrarse moribunda, sino levanta con altivez su frente del polvo al cielo, y comprende que cuando los pueblos olvidados de su

destino duermen tranquilos el sueño febril de los placeres, debilitando el alma entre los delirios del deleite, y los estragos del goce, ó legan á las generaciones una historia espantosa, dejan un nombre funesto, afean con manchas indelebles la civilizacion de su siglo, ó tal vez desaparecen de la faz de la tierra; que cuando las sociedades llegan á tan degradante estado, no causa estrañeza que los hombres previsores teman por la suerte de los imperios.

Levantémonos, pues, de ese lecho de muerte, cual coloso gigante que despierta de un sueño profundo: rociemos nuestras pálidas frentes con la lluvia que desprendan pensamientos sublimes dignos de la grandeza del hombre, y hagamos comprender á las naciones que el pueblo que se cree envilecido, conserva su dignidad en la pureza, que aun no ha empañado con vicios su gloria, y que si quiere batallar, conquista el mundo.

Pero hemos dicho que nos proponiamos averiguar el origen del mal que en la actualidad sienten los pueblos, y queremos cumplir nuestra promesa.

Es indudable que el hombre de nuestras sociedades, tal cual la buena filosofia le comprende, adolece de vicios profundos que importa combatir antes que puedan llegar á esterminar; la relajacion de las costumbres públicas es uno de los graves cargos que pesan sobre nuestro siglo y afean su cultura. La opinion estraviada de los hombres en ciertas cuestiones capitales es una de las causas del mal que nos aflige. Justifiquemos nuestras ideas con solo algunas ligeras observaciones.

Toda la actividad humana la atraen hoy los intereses materiales, la ambicion escesiva del lucro, el impaciente deseo de atesorar: fuera de esa linea, mas allá de ese horizonte, el hombre cree agitarse en el vacío, torcido rumbo que sigue la sociedad en su carrera y que es bastante para precipitarla en los abismos. Las riquezas no constituyen, no pueden constituir la felicidad de la vida; es necesario que el hombre eleve sus miras á Dios, que observe su breve transitar, su lúgubre morir, la inquietud que le atormenta en el seno de la opulencia, las agitaciones del espíritu, su anhelosidad: es necesario que penetre hasta en el fondo de los palacios cuya magnificencia le deslumbra: que observe al rico, en medio de su tristeza, y sus zozobras, es necesario, en fin, que estudiando la naturaleza humana, escuche los consejos de la sana filosofia, y entonces comprenderá que sin afecciones puras en el corazon, sin tranquilidad en el espíritu, sin las consoladoras es-

peranzas de una vida mas larga en la eternidad, no es posible el bienestar en la tierra: entonces comprenderá que en el seno de esos encantados palacios cerrados al pobre con murallas de bronce, puede asilarse el luto, la desgracia y el terror; comprenderá que el hombre anegado en arroyos de opulencia puede ser mas infeliz que el indigente mendigando el pan para alimentar la vida, y sino, observad al rico, mirad su frente, y la encontrareis triste, sombría, pálida, moribunda, si: porque ese hombre entre la abundancia y los tesoros vive en la desesperacion tal vez, sin gozar de los inefables placeres que proporciona la apacibilidad del alma: está sufriendo: que ya llora puerilmente los desdenes de una bella, lamenta la pérdida de una esposa que adoró, se vé amenazado en el poder que le arrebatan, ó se desgarran el corazon porque no puede vengar un ultraje que le devora. Y no se diga que el pobre tambien está espuesto a los mismos pesares. No; porque el rico mas abstraído de las sensaciones exteriores, y menos trabajado por los sufrimientos físicos, tiene mas reconcentrada su alma en el corazon, y en él se agita y le despedaza mas. Cuanto menos sufre el cuerpo, tanto mas padece el alma, pocos instantes de gloria y un siglo de pesar: hé ahí la vida: un sueño de amargura dormido por instantes en encantos lisonjeros, un día arrullado por la apacibilidad de las auras, y una noche turbulenta agitada por los aquilones.

Conservemos, pues, el espíritu en la calma, el corazon sin remordimientos, la reputacion sin mancha, ensanchemos la esfera de nuestras ideas cada vez que el sol alumbró otros hemisferios, abracemos en nuestro corazon á la humanidad entera, en nuestro pensamiento al mundo todo, en nuestras miras á Dios: y así henchida el alma con fecundas y salvadoras ideas, rompamos esa cadena de ignominia, que encerrándonos en el círculo mezquino de intereses materiales, arroja sobre nuestras frentes el oprobio, degrada nuestra especie, nos llena de baldon. Si: cultivemos la inteligencia y ennoblezcamos el espíritu, que nada importa un potosí, adquiriendo un pensamiento.

Es, pues, sumamente importante que el hombre se agite en otras esferas mas anchas, que vea en derredor de sí algo mas que refinado materialismo, lucro grosero que envenena la vida y envilece el corazon. Es necesario, pues, que la sociedad se regenere de los vicios que la corroen, y entonces será feliz.

Empero, no se crea que el excesivo apego á los intereses ma-

teriales y el amor al deleite, son los únicos cargos que pueden hacerse á la sociedad de nuestro siglo: algun vicio mas estraga sus entrañas, que no importa menos combatir y esterminar.

En estos últimos tiempos para colmo de infortunio la opinion pública algun tanto aberrada ha empezado á desdorar la mas santa institucion social, que haya existido jamás entre los hombres; y fuerza es decirlo sin temor al ridiculo importuno: esa indiferencia que dá por resultado el desprestigio del matrimonio, ha conducido insensiblemente á la prostitucion, al libertinaje, al escándalo, á la ruina, que sobre la enervacion el debilitamiento que produce, y tanto estrago como trae consigo, escita los vapores de la melancolia, despues de los suspiros del deleite, por eso y porque son tan funestos sus resultados, hubo un emperador que mandó demoler todas las casas de prostitucion en Roma. Pero no es esto solo: nótese un extravio lamentable en los espíritus de la muchedumbre, la razon resuelve con frecuencia las cuestiones mas capitales de la vida de un modo inconveniente, casi siempre funesto á la causa de los pueblos. ¿Si será que la civilizacion entre nosotros no ha brotado de fuentes puras, y por eso no lleva su corriente cristalina? ¿Si será que el siglo de las luces no comprende ó no quiere comprender que las pasiones cuando no están dirigidas por la razon tan solo causan estragos? ¿Si será que los hombres encharcados en el fango de la molicie se hallan adormecidos sobre sus desórdenes? ¡Oh! estudiad la historia, y apostatareis de tan groseros errores; estudiadla: y comprendereis que si suprimis el matrimonio un solo dia, el mundo no será mas que un inmenso receptáculo de prostitutas, y que los hombres encenegados en el vicio, victimas de un espantoso desenfreno, exhalaríamos el último suspiro de la vida en los impúdicos brazos de una muger sensual; estudiad la historia; y comprendereis que el matrimonio ha sido de todos los tiempos y de todos los pueblos, que el hombre no ha nacido como los brutos para entregarse á uniones pasajeras, sino para vivir al lado del ser á quien adora, en el seno de la familia que él se crea, centro de sus temores y esperanzas, asilo de su placer y de sus miserias; que ha nacido para transmitir á sus hijos su nombre ó su fortuna, con su prosperidad ó su desgracia: por eso si la sociedad es la ley de la vida, el matrimonio es una condicion de su existencia.

Y no se crea que es nuestro ánimo hacer aqui una larga historia de todos los males que pudieran afligirnos: no: para esto no

bastan algunas lineas, fuera necesario un libro. Vamos trazando á grandes pinceladas un cuadro inmenso, y solo queremos señalar las manchas que le afean. Urge, pues, obrar una reaccion en las ideas, porque con semejantes condiciones se hace imposible que el progreso social toque á su término, y porque con tan profundos cánceres se hace imposible que la sociedad se salve.

Reforma en las costumbres; moralidad en la vida; hé ahí la espresion elocuente y sencilla de las necesidades sociales, del mal presente, de los temores del porvenir. Si los pueblos han de entrar por el sendero de la prosperidad, fuerza es tambien que los hombres destinados á regirles sean modelos de pureza y de virtud. Si se quisiera demostrar evidentemente los desastres que han affigido á la humanidad en algunos periodos en que los llamados á gobernar los imperios, arrastrados por instigaciones brutales, han dormido en una prolongada noche el funesto sueño del placer; bastára fijar una mirada retrospectiva sobre el Asia ó sobre Roma: bastára abrir la historia de esos paises por sus páginas de luto. ¿Qué libertad gozarán los pueblos del Asia? ¿Qué política desplegarán sus soberanos eternamente entregados á los asquerosos placeres del serrallo, siempre desvanecidos en los delirios de una voluptuosidad inmundada que debilita el alma y degrada el corazon? ¿Cómo han de marchar los pueblos por el derrotero del progreso, si los que han de acaudillarle en tan difícil camino, están postrados? ¿Cómo enaltecer las inteligencias entre los desórdenes del goce? ¿Cómo atender los soberanos al gobierno de sus pueblos, si duermen tranquilos al arrullo del placer? ¿Cómo había de prosperar el pueblo romano en los abominables tiempos de Neron, y de Heliogábalo, si en esos tiempos Roma no era mas que un hediondo lupanar asilo de la infamia, de la prostitucion y el desenfreno? ¿Cómo cuando la suerte de honrados y beneméritos ciudadanos pendia de la palabra de una favorita, ó del capricho de un tirano envilecido en el crimen? Asi los hombres han tenido que deplorar esos siglos de oprobio, porque durante su trascurso la humanidad retrocedió á inmensidades en su dilatada carrera. Véase, pues, como los mas florecientes estados, desde la cumbre del poder, entran en el lamentable periodo de su descenso, toda vez que la demoralizacion del pueblo fomentada por los excesos de sus príncipes, rompiendo el dique que la encierra, corre á inundar de podredumbre las sociedades; véase, pues, como se hace imposible la prosperidad pública, cuando los hombres de gobierno

son mónstruos de disolucion, de liviandad y de injuria.

Hay otra fuente de mal en nuestra sociedad que fuera eminentemente saludable conseguir agotar: tal es el immoderado deseo de ostentar brillantez y pompa, magnificencia, y coato, lujo y esplendor: mal que ha causado la ruina de numerosas familias, mal que está preparando la decadencia de otras muchas, mal que acabará por engrandecer unos pocos, sumiendo en la desgracia y en la desesperacion á muchos. No; los hombres deben resignarse á las diferentes situaciones de la vida, sin caer nunca en la degradacion por satisfacer acaso funestas pasiones de ridícula vanidad: deben comprender que en el órden social hay gerarquía, regiones elevadas, á cuya altura no es fácil ascender, y que intentar con un vuelo atrevido nivelarse á ellas, es brillar un día para vivir en la oscuridad un siglo. Asi se esplica como esa pasion del lujo hacinando la riqueza en determinados puntos, ha llevado la desgracia y la indigencia á otros. No queremos escribir artículos de moral; queremos animados del ferviente deseo de hacer bien, levantar nuestra voz al lado del clamor universal, consignar nuestras ideas tal como la razon fria y desapasionada nos las sugiere, contribuir en fin á la reforma de nuestra desquiciada sociedad, si quiera tomemos parte en tan grande obra con exigüas proposiciones.

Y sin ulterior digresion, aqui debemos suspender nuestro humilde disertar. Basta á nuestro propósito haber recorrido ligerísimamente la escala de las deformidades que se notan en el cuerpo social: es este de inmensas proporciones, y no somos nosotros los llamados á hacer de él un análisis moral. Escribiendo de un modo general y vago no nos es permitido, sin faltar á nuestro pensamiento, descender á detalles que plumas por otra parte mas elocuentes y aventajadas sabrán poner de realce á los ojos de la sociedad.

Bástenos haber escrito, aunque con sentimiento, que hay por desgracia en el seno de la nacion un gérmen fecundo de mal, que importa, que urge, que no puede dilatarse, que es necesario esterilizar en su origen. Quiera Dios que el lamento que exhalamos, no se pierda lánguido en el vacío.

CAPITULO SETIMO.

DEL MAL SOCIAL.

Que la humanidad sufre, es un hecho demostrado, y ante las demostraciones cede la discusion: por eso anunciamos esta idea, y contenemos la pluma. Todos los sistemas socialistas de los últimos tiempos, pueden haber nacido de la observacion tal vez de los sufrimientos sociales, por desgracia las teorías de los filósofos Fourier, San Simon, Roberto Owen y Proudhon son estériles. Si Fourier escribe un poema social, Proudhon una sátira sangrienta, y ni estos ni aquellos merecen el nombre de grandes filósofos, no consiguen elevarse á principios racionales, niegan la existencia del derecho que radica en la personalidad humana, consideran al hombre sin relacion á sus libertades, y negando la moralidad, suponen la bondad absoluta de las pasiones. Las obras de estos filósofos, pues, son poemas imaginarios que si alhagan la imaginacion no rinden la inteligencia. No queremos entrar de lleno en el desarrollo de estos sistemas, porque nos alejariamos demasiado.

Hay sin duda una porcion de mal que aqueja á todas las clases sociales, y que si puede mitigarse en sus rigores, no es posible del todo evitar. Vemos con efecto al lado del pobre que se guarida en una hedionda cabaña, al rico que se asila en magnífico edificio, al indigente que se cubre de harapos, y al opulento que se envuelve entre terciopelo y seda, al mendigo que pide pan y al poderoso que atesora millones: vemos en fin desigualdades que indignan por un momento, pero que tienen su racional esplicacion en el exámen de la naturaleza humana.

El mas activo, el mas laborioso, el mas inteligente acaudala, hacina riquezas, y satisface caprichos de fantasia; el indolente, el estúpido, el perezoso apenas adquiere lo bastante á la vida, dificilmente satisface sus primeras necesidades: querer despojar al primero para enriquecer al segundo, es un absurdo mas, que confirma aquella espresion de que no hay error del cual no sea autor algun filósofo. No: para tranquilizar al pobre, no hay mas medio que socorrerle, y hacerle comprender que la opulencia no dá la felicidad, y que en el fondo de esos palacios solitarios que

se elevan en las poblaciones como las pirámides en las llanuras, pueden acaso abrigarse la desesperacion y la muerte. Consolemos al pobre en sus miserias, no arrebatemos al rico sus riquezas, que no todo es afliccion. Hay progreso y muy notable en la sociedad, debido al constante amor del hombre al trabajo. El hambre no aflige con frecuencia á los pueblos, la ignorancia empieza á desvanecerse, las pestes no diezman las poblaciones: pero que los gobiernos no se paren en el camino, porque aun faltan grandes distancias que recorrer: que los hombres no desesperencen del progreso ulterior, porque el progreso es la vida: que trabajen infatigablemente, porque el trabajo es la fuente inagotable de la riqueza. Agitar las masas, sublevar los espíritus, conmover los estados con alhagiueñas promesas de un bien desmentido, es no amar la felicidad de las naciones, es perder un bien adquirido por la fugaz esperanza de una mejora ilusoria. Entre la paz puede reinar la abundancia. Asi, pues, socorramos al pobre, aliviemos sus desgracias, y trabajemos todos en la felicidad de todos.

CONCLUSION.

He desarrollado, como me ha sido posible, un pensamiento: he desenvuelto con toda la brevedad, que la naturaleza de este trabajo exigía, cuestiones de una importancia inmensa, cuya magnitud ha debido aterrarme en mi propósito. He andado un camino salpicado de escollos; no recuerdo si alguna vez he estado próximo á abismarme, quisiera, sin embargo, que no se dudara de mi buena fe. Por eso si una palabra ó una idea han brotado de mi pluma que en cualquier sentido pudieran herir la susceptibilidad de alguna clase, ó el venerando respeto de cualesquiera institucion, esa palabra y esa idea quisiera yo que se consideráran como no vertidas, como quisiera persuadir que no he tenido al publicar estas páginas la necia y ridicula presuncion de creer que iba á resolver un problema, á conquistar un nombre, á figurar en el catálogo de los sabios. No; he consignado mis ideas en los pocos puntos que trato para que se acojan si son buenas, para

que se rechacen y se maldigan si son malas. Yo seré el primero á retractarme de ellas.

Después de esta confesion explicita y paladina no se dudará de mi fe sincera y mi recto corazon. Si algun pensamiento mio llegára á merecer el aplauso de un sabio, ó contribuyera aunque remotamente al bien de la nacion, mi obra fuera consumada y mi mision esta vez fuera cumplida: empero estas serán esperanzas lisonjeras, que se desplomarán bien pronto en el mundo de las realidades. Como quiera que sea y para terminar: si llevo á merecer la honra de ser leído, deseára tambien que se tuviera en cuenta, que escribo bajo el prestigio de mis propias inspiraciones; que no rindo mis pensamientos ante el idolo de la autoridad, y que por consiguiente navegando sin brújula por el inmenso piélagó de la ciencia, no fuera estraño abordára á la orilla averiado y naufrago.

INDICE.

PAGINAS.



Introduccion..	7.
CAP. I. <i>De la Religion.</i>	8.
CAP. II. <i>Del Sacerdocio.</i>	14.
CAP. III. <i>De la Politica.</i>	18.
CAP. IV. <i>Del Gobierno.</i>	22.
CAP. V. <i>De la Educacion.</i>	27.
CAP. VI. <i>De las Costumbres.</i>	33.
CAP. VII. <i>Del Mal social.</i>	40.
Conclusion.	44.

INDICE

PAGINAS

-III-

7	De la Religión.	I.	ccion
8	De la Religión.	I.	
14	Del Sacerdote.	II.	
18	De la Política.	III.	
22	Del Gobierno.	IV.	
27	De la Educación.	V.	
33	De las Costumbres.	VI.	
40	Del Mal social.	VII.	
41			ion

929